

BUSCANDO LA CULTURA DE ENCUENTRO

P. Gregory Kennedy, SJ*

Resumen:

Los místicos saben muy bien que Dios se puede contemplar en todo. Sin embargo, en una cultura de encuentro hace falta un mínimo de misticismo. Diversamente, nadie encontraría nada. El misticismo, por su parte, aunque se acomoda a cualquier realidad, realmente medra donde hay árboles, flores, ríos, mares, montañas, animales, sonidos distintos al tráfico y a los aparatos, todo lo que se suele llamar la naturaleza. La cultura que nace del encuentro con las cosas no humanas, cimienta una civilización justa, sana y alegre.

Cuando alguien te dice: “¿Cómo te encuentras?” puede ser la pregunta más impostergable que existe. Planteada de una manera profunda, va mucho más allá de la mera cortesía, que prescribe las normas de convivencia cotidiana, o de la mera curiosidad, que interroga casualmente sobre el estado de ánimo de una persona. En efecto, esa pregunta toca el meollo existencial, porque pretende entender el método propio de autoconocimiento: ¿Qué haces para entrar en ti mismo y hallar

* Acaba de regresar a Canadá después de casi tres años de estudios y trabajo en Colombia. Ahora sirve como acompañante espiritual en la casa de ejercicios, Loyola House, en Guelph, Ontario, Canadá. Dicha casa se sitúa en medio de 300 hectáreas de bosque y campos orgánicos certificados, su misión es unir cada vez más la espiritualidad ignaciana con el cuidado de y la convivencia con la creación. Desde hace dos años colabora con la CLAR.

ahí tu verdadero ser? La pregunta es muy importante porque, aparte de decir que Sócrates tiene razón cuando dice que la vida sin examen no merece la pena, también en la ausencia de una respuesta adecuada, se puede vivir perdido por años, décadas y hasta toda la vida. Qué desperdicio sería llegar al final del camino terrenal y caer en cuenta de que la persona que pronunciaba tanto tu nombre resulte ser un forastero con lengua y costumbres incomprensible.

Si vuelven a repetirte: ¿Cómo te encuentras? ¿Qué haces a diario, o por lo menos regularmente, para ubicarte y estar seguro de donde estás? Sin esta información, resulta muy difícil conocerte, puesto que el dónde estamos influye mucho en lo que somos. De hecho, la brecha que se ha abierto entre el dónde y el quién, a causa de toda la gama de tecnologías, incluyendo carros, computadores y celulares, entre muchos otros aparatos, truncan el espacio físico y nos hacen olvidar, a menudo, del cómo, influye la geografía sobre nuestra identidad. Así, al preguntar: ¿Cómo te encuentras?, también se indaga la relación entre tus acciones rutinarias y el lugar donde éstas suceden.

Hay sitios privilegiados en los cuales, generalmente, las personas no necesitan esforzarse para encontrar quiénes son. Es decir, ciertos lugares se prestan para la reflexión interior y para encontrar soluciones a inquietudes existenciales, aunque no las garantizan. Por supuesto, capillas, santuarios, templos, y otros edificios sagrados se diseñan para este propósito. Sin embargo, aún más sobresaliente en este sentido, es lo que se suele llamar naturaleza. Cuando se les pone a las personas la tarea contemplativa de imaginarse en un sitio donde sientan paz, reposo, tranquilidad y libertad, la gran mayoría vuelve su mirada imaginativa a visiones de bosques silenciosos, playas inmensas, montañas imponentes y prados verdes. Si, por instinto, buscamos nuestra paz y calma en zonas naturales cuando nos proponen encontrarlas, no podemos negar que, en algún nivel bastante profundo de nuestro ser, nos sentimos ligadas/os y relacionadas/os con dichos lugares.

La razón es tan obvia como olvidada. Estamos hechos de los mismos materiales y minerales que constituyen los árboles, la arena, las rocas y la hierba. Los

astrónomos nos dicen que todos los planetas, dentro de nuestro sistema solar, nacieron de la explosión de una sola estrella, que a su vez, había sido formada al estrellarse con otra aún más antigua. Así, la ascendencia de todo el universo se puede trazar hasta el origen de un único reventón generador. Thomas Berry, sacerdote y ecoteólogo estadounidense, lo describe así:

El estallido de la energía primordial contuvo todo lo que ocurriría en las largas series de transformaciones que conduciría al universo a su modo actual de ser. El momento originario del universo fue la forma implícita del presente, así como el momento presente es la forma explícita del momento originario. El surgimiento primordial fue el comienzo de la historia de la Tierra, además del comienzo de la historia personal de cada una/o de nosotras/os, ya que la historia del universo es también la historia de cada cosa dentro del universo¹.

Se podría entonces decir, que en cuanto más se conoce el universo, más íntima es la compren-

sión de la propia existencia. Cier- to, las ciencias de astronomía y física enriquecen mucho este conocimiento; pero no hay que ignorar que saber y conocer no significan siempre la misma cosa. Se saben hechos y datos, mientras se conocen personas y de otra manera interesante sabemos que hay casas, ciudades, parques, ríos, países, etc. Para saber, basta estudiar. En cambio, para conocer, es necesario pasar tiempo con la persona o lugar en cuestión, así como, interactuar y meterse en su realidad. Leer un libro de Stephen Hawking o ver un programa en el canal Discovery, puede multiplicar el conocimiento del universo. Excelente. Ahora, utiliza tal información para estar en el universo.

¿Qué tontería se dice aquí? No es posible no estar en el universo, porque éste abarca todo, al menos lo físico. Sin embargo, por lo general, vivimos casi todos en contradicción a la exhortación, lanzada desde tantos púlpitos a lo largo de la historia cristiana, de que estamos en el mundo pero sin ser del mundo. Más bien, resulta que somos del mundo, pero muy pocas veces estamos verdaderamente dentro de él. Es decir,

¹ Berry, Thomas, "The Earth Story" en *The Great Work* (New York: Bell Tower, 1999). P. 27. Traducido por Gregory Kennedy.

normalmente, andamos inconscientes de nuestra pertenencia completa a la creación, como si no fuésemos hechos de ella enteramente. Si no experimentamos esta conexión fundamental palpablemente, si la vivencia vital de sentirse parte esencial de la creación no se hace carne en nuestra vida corriente, nunca vamos a conocer el universo. Tampoco, por lo tanto, vamos a encontrarnos.

De ahí la importancia de buscar espacios en nuestra cotidianidad para estar plenamente en los lugares donde nos encontramos. Para, en términos de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola, “sentir y gozar” profundamente la complejidad, belleza y atracción de la red infinita de relaciones que nos realizan. Esto no es perder tiempo. Esto se llama oración. Según el Papa Francisco:

Esto no sólo nos invita a admirar las múltiples conexiones que existen entre las criaturas, sino que nos lleva a descubrir una clave de nuestra propia realización. Porque la persona humana más crece, más madura y más se santifica a medida que entra en relación, cuando sale de sí misma para vivir en

comunión con Dios, con los demás y con todas las criaturas. Así asume en su propia existencia ese dinamismo trinitario que Dios ha impreso en ella desde su creación. Todo está conectado, y eso nos invita a madurar una espiritualidad de la solidaridad global que brota del misterio de la Trinidad².

Entonces, volvamos a la pregunta orientadora: ¿Cómo te encuentras? ¿Qué prácticas haces para tocar la realidad de tus conexiones universales y conocer lo que te constituye? Las posibilidades son innumerables: sembrar una huerta; cuidar a una criatura, humana o de otra especie; escuchar la sabiduría de un árbol; caminar con atención plena; abrazar con todo cariño, respirar conscientemente; orar por el bienestar de todos los seres; mirar el cielo; colaborar en campañas o proyectos ecológicos; cocinar y comer con gratitud y conciencia; escuchar atentamente la música de un pájaro, de Bach o de los Beatles. Abrirse. No todo tiene que ver con la naturaleza originaria. Igualmente, estamos muy conectados, demasiado conectados, a las cosas artificiales de nuestro mundo. Estas también hacen

² Papa Francisco, *Laudato Si*, #240.

parte de la creación y debemos dejarles manifestar su conexión. No obstante, ver el universo en la llanta plástica de un bus nos suele costar más, que verlo en la exquisitez de una orquídea. Respondemos más fácilmente a la llamada mística de la naturaleza, que a aquella que recibimos a través de dispositivos manufacturados. No quiero decir que sea imposible, sino que, requiere más imaginación y santidad para lograrlo. “No es propio de habitantes de este planeta vivir cada vez más inundados de cemento, asfalto, vidrio y metales, privados del contacto físico con la naturaleza³.”

Asimismo, ¿Cómo te encuentras? es una pregunta social, ya que, en últimas, muchas de las prácticas posibles se ofrecen o se limitan según la sociedad anfitriona. Si no se consiguen semillas para sembrar, ni parques con árboles, ni aire puro para respirar profundo, ni lugares de tranquilidad donde el cuerpo humano pueda bajar las defensas necesarias para sobrevivir al estrés urbano y palpar su propia pertenencia al universo, se obstaculiza mucho la oportunidad de encontrarse. Por eso, la trascendencia de la cultura del encuentro. La cultura debe

proporcionar los espacios para encuentros ecológicos-universales. Más aún, la cultura se puede medir según su capacidad de otorgar dichos espacios. En cambio, una cultura que no les brinda a sus miembros humanos lo necesario para que descubran, experiencial y existencialmente, su interdependencia e interconectividad con la totalidad existente, estrictamente no merece el título de “cultura”. Más bien, se debería llamar, autismo colectivo, porque no sabe socializar verdaderamente, es decir, asociar los elementos que componen al ser humano en su nivel más básico.

Resulta que, antes de poder encontrar dónde estamos y quiénes somos, necesitamos buscar una cultura que nos mueva al encuentro con nosotras/os mismas/os como tales, o sea, criaturas que estamos dentro y dependientes de la creación universal. “La cultura no sólo está en el sentido de los monumentos del pasado, sino especialmente en su sentido vivo, dinámico y participativo, que no puede excluirse a la hora de repensar la relación del ser humano con el ambiente⁴.” Efectivamente, la cultura no se puede excluir del encuentro con la creación, no

³ Papa Francisco, *Laudato Si*, 44.

⁴ Papa Francisco, *Laudato Si*, #143.

solamente por la razón obvia de que el ambiente moldea la cultura endémica, sino también porque, como advierte Thomas Berry, la cultura humana ha asumido el papel que antes tenían los instintos como motor de la evolución. Ahora, la protagonista más grande de los cambios geográficos, climáticos y biológicos en la Tierra, es la colectividad de las “culturas” actuales. Si no se alcanzan a encontrar dentro de dichas culturas elementos que ayuden a fomentar nuestra convivencia universal, desaparecerán las mismas condiciones que permiten el proceso de crear culturas verdaderas, capaces de ubicarnos, y hacer que nuestras vidas sean significativas, dentro de la historia evolutiva del universo.

Una última vez se interroga: ¿Cómo te encuentras? En su época, Jesús atraía a muchos, porque siempre se presentaba seguro de dónde venía. Jesús nunca dudó en proclamar que Él pertenecía al Padre. Ahora bien, este mismo Pa-

dre, según las Escrituras hebreas de las que Jesús era maestro, es creador del universo, salvador del pueblo, dueño de la historia, quien entra en los pormenores de la vida terrena, para guiarla hacia la justicia y la abundancia. Jesús se ubicaba consciente y ciertamente dentro de esta gran historia y su auto ubicación ha ayudado a muchas personas a encontrarse a lo largo de dos milenios. Asimismo, tenemos que situarnos con la misma certeza en la creación siempre cambiante y orientada por Dios Creador, quien se involucra misteriosamente en la evolución de su creación. Es un don. Una vez identificados en el tejido divinamente fino de las relaciones que construyen el universo, nos ponemos al lado del Hijo definitivamente, el gran amador del mundo. Busquemos una cultura de encuentro universal, para que nos involucremos como colaboradores de una cultura culta que nos haga apreciar y cuidar el milagro de nuestra pertenencia a todo.